

## El Dios del Maíz

Los primeros años de mi vida los pasé junto al fuego de la cocina de mi madre y de mi abuela (...).

Fue ahí, frente al fuego, donde recibí de mi madre las primeras lecciones de lo que era la vida. Fue ahí donde Saturnina, una sirvienta recién llegada del campo, a quien cariñosamente llamábamos Sato, me impidió un día pisar un grano de maíz tirado en el piso porque en él estaba contenido el Dios del Maíz y no se le podía faltar el respeto de esa manera. Fue ahí, en el lugar más común para recibir visitas, donde yo me enteré de lo que pasaba en el mundo (...). Fue ahí, pues, donde escuché todo tipo de historias, pero sobre todo, historias de mujeres.

Más tarde tuve que salir, me alejé por completo de la cocina. Tenía que estudiar, prepararme para mi actuación futura en la sociedad. La escuela estaba llena de conocimientos y sorpresas. Para empezar me enteré que dos más dos son cuatro, que ni los muertos ni las piedras ni las plantas hablaban, que no existen los fantasmas, que el Dios del Maíz y todos los demás dioses pertenecen al pensamiento mágico, primitivo del ser humano que no tiene cabida en el mundo racional, científico, moderno. ¡Uf, cuántas cosas aprendí! En esa época me sentía tan superior a las pobres mujeres que pasaban su vida encerradas en las cocinas. Sentía mucha lástima de que nadie se hubiera encargado de hacerles saber, entre otras cosas, que el Dios del Maíz no existía. Creía que en los libros y en las universidades estaba contenida la verdad del universo. Con mi título en la mano (...) el mundo se abría para mí. El mundo público, por supuesto; un mundo completamente alejado del hogar (...).

Mientras todo eso pasaba (...) una explosión de amor me hizo casarme con un hombre extraordinario y tener una hija maravillosa... a los cuales tenía que alimentar. No por obligación, por amor. (...) Yo quería que mi hija conociera su pasado, comiendo lo mismo que yo había comido en mi niñez. (...) Y encontré que mientras preparaba la comida era verdaderamente placentero contar a mi hija las mismas historias que yo había escuchado frente al fuego. (...) Poco a poco mi integración a la cocina y a mi pasado se fue consolidando de tal manera que llegó el día en que me descubrí impidiendo a Sandra pisar un grano de maíz porque en él estaba contenido el Dios del Maíz.

Laura ESQUIVEL, *Íntimas suculencias : Tratado filosófico de cocina*, 1998